

IV. Veníamos asustados, cohibidos, como gente sin cultura

Beatriz: Recuerdo cuando tomamos el tren, cuando nos despedimos de la gente y ya viajábamos para aquí con todo. Vinimos en agosto, en plena época de trilla en el pueblo y mientras estaba en el departamento del tren, uno pensaba: «¿Qué harán allí? ¿Como estarán? Con lo bien que lo pasábamos en la trilla... Y ahora —te preguntabas—, ahora, al llegar a Barcelona ¿que habrá allí? ¿con qué nos encontraremos?» Veníamos asustados, cohibidos, como gente sin cultura, porque no sabíamos nada de todo esto. Tampoco mi padre sabía.

Nos costó mucho al principio. Al fin y al cabo, nos habíamos separado de personas que desde que has nacido, has vivido con ellas y uno lo siente, claro. Aquí nos encontramos con todo desconocido, sin ninguna amistad, con gente y costumbres tan distintas...

De esto hace ya mucho tiempo, catorce o quince años hará. Recuerdo cuando ya llegamos, aquella estación tan inmensa, donde nadie nos esperaba, todo me parecía muy grande, muy grande... Fuera de este mundo. Me acuerdo que llegamos por la noche y yo sólo veía coches y luces, luces y coches y aquello me parecía muy raro, que sería muy difícil de vivir para mí.

Y es que aquí hay que aprender a vivir de nuevo. Por eso me costó tanto al principio. Es que Barcelona es muy grande y hay que conocerla para andar por la calle y muchas veces te pierdes en el metro o no entiendes los letreros o no sabes usar la guía. De nada te sirve lo que sabes del pueblo.

Avelino: Yo me vine solo. Para venirme tuve que vender el cerdo que teníamos de la matanza, y el dinero fue para el billete y lo demás. A Rufina, mi mujer, la dejé sola con las dos nenas que ya teníamos, en una casita que nos estábamos haciendo en el mismo pueblo.

Rufina: Y allí, solas las tres, lo pasamos... pues ¡no digo nada! La Pepi me decía: «Mamá, el papá ya no es papá, porque se ha marchado y ni nos trae dinero, ni nos hace nada. Es malo». Y vivíamos de nuestra propia huerta: que si tomates, que si patatas y teníamos alguna gallina. ¿Que la gallina ha puesto? pues a vender el huevo para comprar arroz... y así fuimos pasando malamente.

Avelino: Sabíamos que, al venir teníamos que bajarnos antes de llegar a Barcelona; de lo contrario, te cogían en la misma estación y te llevaban al pabellón de Bélgica, de Montjuïc o al de Misiones; las mujeres a un lado y los hombres a otro, sin poder salir de allí, casi como en una cárcel. Para no ir allí, tenías que enseñar el contrato de un piso o algún familiar que respondiera de

tí, porque si no, decían, toda Catalunya iba a ser un Somorrostro de chabolas o barracas. Vinimos otro y yo con esas preocupaciones, pero resulta que por descuido se nos pasó Sants y la siguiente ya sabíamos nosotros que era de peligro. Y al bajar del tren, el policía: «¡¡¡Eh, oigan ustedes, jóvenes!!!» Porque no hace falta ser policía para conocer a uno que llega nuevecito del pueblo: por el revestimiento que se trae, por el color, por la maleta de cartón, por el saco o por lo que sea... ¡Lo nota un cualquiera!

— Perdido estoy, me dije. ¡Me llevan a Misiones!. Pero echamos una carrera, nos metimos en un taxi...

— ¡A Esplugues! —le dije— que voy a casa de un primo mio, que se llama Faustino.

— Vienes nervioso, —me dice el taxista.

— ¿Yo, nervioso?

Y tuvimos la suerte de caer justo donde teníamos que caer, porque dimos con él: «Anda, ¡primo!». Fue un alegrón encontrarlo. Y ya empecé a formar mi vida.

La Catalunya del año 56 estaba mal por aquel entonces, pero tuve buena suerte. Pronto encontré trabajo. Primero en Esplugues mismo, en una casa de payés que ya está medio fracasada, en el campo de garroferos junto al acueducto. Y después ya empecé en la construcción, en una casa que Fomento hacía en Sants. Y a la primera ya me presenté de albañil por la práctica que había hecho con la casita del pueblo. Empecé ganando tres mil al mes.

Agueda: Al morir mi padre del accidente del barreno en el pueblo, quedamos en Baños de la Encina mi madre y cuatro criaturas, porque de los cinco hermanos que somos, ya teníamos una hermana viviendo aquí en Barcelona desde pequeña con una tía mía. Pero tardaron un año en pagarle a mi madre la viudedad. Los del Seguro no querían hacerse cargo. Los de accidentes, igual: que no había sido un accidente sino a causa de la úlcera que tenía (era lo que con trampa había certificado el médico), y entre unos y otros los papeles tardaron un año. Al cabo del año le pagaban a mi madre ¡y no llegaba a las mil pesetas!. Seguíamos recogiendo olivas un par de meses al año, o mes y medio, depende de cómo viniera la temporada. Nos ayudaba mi tío, el hermano de mi madre, el más bueno de todos, que estuvo viviendo en casa hasta que se casó a los 40 años. Mi madre empezó a trabajar fregando en el cuartel, que estaba enfrente de mi casa. Hasta los soldados le daban algo a mi madre de los paquetes esos que quitaban a la gente. Y como en los pueblos cuando al cabo la gente ya no tiene para pagar, el tendero fia, y en tiempo bueno la gente se quita la trampa que tiene... así fuimos tirando. Yo creo que con la misma miseria que todo el mundo y que si no ha sido falta de comer, ha sido falta de muchísimas más cosas.

Mi madre me daba de comer, pero si me hacían falta unos zapatos, pues ya no podía. Mi idea era venirse porque ya mi padre nos había calentado la cabeza que nos íbamos a venir: yo quería venirme aquí con mi hermana y mi tía, que por el hecho de estar en Barcelona yo pensaba que tenían el oro y el moro, y luego resulta que no tuve ná.

Y mi madre a decirme que «para qué salir de allí a pasar más penas de las que ya habíamos pasado», o, «a dónde vas a ir tú, que eres una cría...» Y al final, a mis doce años, me fui de casa a Linares a cuidar críos.

Cuando mis señores se enfadaron al primer mes, me fui corriendo con mi madre, porque hay una camioneta que va todos los días. Así me pasó unas pocas veces. Me hacían una zancatúa, o me encontraba con falta de cariño, o me encontraba sola, y mi escapatoria era coger la camioneta e irme corriendo con mi madre... Y al final, cuando tenía 19 años, me vine aquí a Barcelona y desde aquí ya sabía que no podía tomar la camioneta.

Cuando llegué aquí, lo primero que me dijeron unos primos míos fue:

— A tí te llevamos hoy a beber agua de la fuente de Canaletas, que dicen que el que bebe agua de allí ya no se vuelve.

— Y yo, que me había hecho a la idea del cambio que quería decir Barcelona, con respecto a lo del pueblo, les dije:

— ¡Pues vamos ahora mismo!

— Y me hinché de beber agua de la fuente de Canaletas, porque «a mí —me dije— de aquí ni a rastras me llevan»

Pero la verdad es que, aunque quería adaptarme, al comienzo, me costó. Yo vivía en Hostafrancs y allí casi todo el mundo habla catalán, y entre el idioma y el estar fuera de casa y la soledad, me venía una añoranza grandísima.

Florentino: Al comienzo no te das cuenta, porque cuando vienes de la manera como nos vinimos nosotros, aunque vayas a ciegas como aquí, te encuentras con una mejora de lo que allí tenías, no notas lo que hay debajo y no te extrañas. Nos vinimos sin disgusto ninguno; nos vinimos y nos hicimos enseguida a todo y no nos costó porque éramos críos. Otros parece que se vienen apurados porque dejan allí una casa, una tierra, lo que sea... A nosotros no nos costó porque allí no dejábamos nada: veníamos de la miseria, porque estábamos en la miseria.

Mas: Los motivos para salir de un sitio a otro pueden haber sido muy diferentes para cada uno: desde el que se ha visto realmente obligado a salir por hambre o necesidad hasta el que se ha ido por cambiar o mejorar de vida, por aventurero. Yo conozco a todo tipo de gente.

Agustín: Yo, por ejemplo, era el mayor de tres hermanos de una familia acomodada, como se dice allí en los pueblos, aunque no tenga un real; una familia a la que en el pueblo se llamaba gente media. Yo viví en mi casa hasta los 18 años con mis padres. Trabajaba las tierras con ellos y nunca he pasado hambre, ni grandes necesidades, pero tampoco sobraba el dinero. Vivíamos de lo nuestro.

Pero no me gustaba la forma de vida de allí, aquel sistema caciquil, aquella falsedad, aquella forma de representar una categoría social que en realidad no se tenía, y toda Extremadura es igual. Toda esta serie de situaciones no me entraban, yo tenía otras inquietudes. Así que salí del pueblo a los 18 años para estudiar en el Instituto Nacional de Colonización y después del servicio militar, me vine aquí.

Como estaba sin trabajo después y no sabía a qué agarrarme y tenía un paisano que estaba con Franco en el Pardo, estuve a punto de haceme policía y casi solicité en el ejército el ingresar en una escuela de radiotécnicos. Pero como que nada de esto estaba con mi forma de ser y no me gustaba, no lo hice.

Sr. Belzunces: Pues yo me vine aquí porque ya estaba harto del campo. Estaba harto de trabajar y trabajar en la tierra ná más que para comer, comer y comer... y no me podía comprar ni unos zapatos. Teníamos nuestras tierras, las tierras de mi madre, pero aquellas no daban abasto. Allí, en Lorca, mucho señorío y realengo, pero para morir de hambre. Además, con el cambio de moneda de después de la guerra todavía nos quedamos más en la nada. Porque una cierta cantidad ya teníamos para ir viviendo, pero al tener que cambiarla en el banco sólo podías meter la poca que ellos decían.

Matilde: Yo tampoco quería el campo. Pero cuando mi padre dejó su negocio de las cabras me fui a Lora del Río con una tía mía y me tuve que poner a trabajar las tierras. Entonces fui dos o tres días a recoger algodón y las manos ni me acompañaban. Así que pensé y me dije: «Madre mía, yo aquí y mis hermanos segando palmas» Que venían todas las noches destrozaditos de los riñones los pobres. Todo para no ganar nada.

Digo: «¿Sabes? Yo me voy. Como tengo en Barcelona una prima, yo le voy a decir a mi prima que me voy allí». Así que vine, arrastrando conmigo a mis seis hermanos. Ahora están los seis viviendo en Barcelona.

Al llegar aquí estuve tres meses con mi tía y ¡cada carta que yo enviaba al pueblo! Y mi padre y mi madre llorando... que si te vienes y que, si no, nosotros vamos para allá. Hasta que todos nos reunimos aquí.

Julían: Cuando me licencié de la mili, me vine al pueblo donde está mi hermano cura en Coto de Gozno. Allí estuve trabajando ocho o diez días. Pero, nada, que no encontraba faena más que en el campo, en el mismo sistema de siempre. Y yo me decía: «Aquí no aguanto» Y entonces un chico que vive precisamente ahora en Can Serra, me dice:

— Julián, me voy a Barcelona.

Y yo le digo:

— ¿Con que te vas a Barcelona? Pues yo me voy allá contigo.

El chico creyó que yo estaba loco.

— Sí, que me voy yo también.

Llegué a casa y le digo a mi madre:

— Prepárame la ropa que me voy mañana.

Total, que yo tenía una vespa y me fui al pueblo a recoger a mi hermano y se lo dije. Y esta allí con él el hermano del cura de Villamartín, Don José Manuel Alvarez y me preguntó a dónde iba y él me contestó:

— Coño, pues si te vas a Barcelona yo tengo un hermano que trabaja en Estructura Europea. ¿De qué trabajas tú?

— Pues algo sé de *paleta* y de segunda me puedo defender.

— Entonces, déjame las señas y ya irá allí a recogerte.

Pero no había trabajo de *paleta* y entonces ya empecé a trabajar de encontrador. Allí estuve año y medio.

Lucas: Mi hija se vino porque ya estaba harta de ir a guardar el ganado y dijo: «Esto ya se ha terminado, nunca tienes ni cinco, nunca te puedes comprar un vestido, ni tener ninguna perra, si un año tienes poco al otro menos, así que me voy a Barcelona» Se la llevaron unos vecinos que vivían aquí en Barcelona, y estuvo con ellos unos días en su casa hasta que le buscaron casa por

esos anuncios de La Vanguardia. Después se cambió, estuvo sólo un año en esa casa porque era mucho trabajo. Estuvo sirviendo cinco años hasta que se casó. Se casó en Barcelona, pero él es del mismo pueblo que nosotros.

La idea de venirnos la empezamos a tener, hace unos trece o catorce años, precisamente con esto de la boda, pero aún tardamos en venirnos uno o dos años, cuando nació su primer hijo. Porque tanto que viniéramos, que viniéramos, que al final tomamos la decisión. Yo sí tenía ganas de venirme, pero mi mujer no. Por estar al lado de los hijos bien, pero es que cuando nos vinimos era cuando estábamos mejor que nunca, teníamos cuatro perras y no nos hacía falta ninguna cosa. Trabajábamos las tierras nuestras y las que nos habían arrendado, de las que pagábamos una renta muy baja y le daba quinientas pesetas al amo entre todo. Teníamos unos doce jornales de tierra nuestra y el resto era del dueño, entre monte, tierra de huerto y todo; y también teníamos ganado que lo llevábamos entre mi mujer y yo. Si la chica no se hubiera venido y no se hubiera casado aun estaríamos allí.

A Barcelona nos vinimos en una D.K.W. y sólo nos trajimos comida. De muebles nada, todo está allí. Ella nos dijo: «No os traigáis nada, dejáoslo allí todo». Por eso sólo trajimos comida y las mejores ropas. Nosotros no tuvimos problemas de buscar vivienda ni nada de eso porque ya veníamos a su piso y ya más o menos conocíamos esto porque estuvimos cuando se casaron. Ya después de tomar la decisión no nos dio pena porque veníamos a su casa.

Cuando nos vinimos quedarían en el pueblo unas ciento cincuenta personas, y ahora no sé si quedan unas diez casas en el pueblo y unas veinte familias entre masías y todo. Allí la juventud no se queda, sólo matrimonios y los más jóvenes tienen unos sesenta años, y viven de algún tomate, algún animal y la paga que les da el Estado.

Nieves: Vine a Barcelona porque tenía los hijos aquí. Cuando mi madre murió y al quedarme sola, me vine con mi hija que tiene aquí casa. Yo ya tenía 54 años... ¿Qué otra cosa me podía mover a mí del pueblo?. Pues los hijos. Y aquí estamos mejor, yo creo que bastante mejor.

Engracia: Desde luego. Por eso, cuando Nieves me dice: «Engracia ¡que bien vivíamos en nuestra casa del pueblo!» yo le he dicho: «¿Cuándo ha tenido usted tantos billetes como ahora?» Pues, claro, de modo que aquí se vive mejor, aunque digamos que en el pueblo hay más tranquilidad. Pero ¿Y los billetes verdes? ¿Cuándo los habíamos visto?

Nieves: A 18 pesetas el cántaro de aceite, que es de 16 litros ¿cómo nos iba a alcanzar? Y eso que teníamos muy buenos olivos, aceite extremeño.

Engracia: Mi padre no se decidía a dejar el pequeño negocio, porque si lo dejaba, después, al volver al pueblo ya no tendría nada. Todos le decíamos que lo dejara y nos viniéramos juntos. Yo ya estaba casada y con cinco hijos y estábamos dispuestos a venirnos. Pero el padre es el padre y no queríamos dejarlo sólo allí. Total, que mi padre se lo pensó y prefirieron quedarse con los tres hermanos más jóvenes. Nosotros nos vinimos aquí, a casa de nuestro pariente Jesús, de momento, a una torre muy grande que tenía.

Leonor: Nosotros éramos ocho hermanos y a ninguno nos hacía falta salir pero a mí no me gustaba trabajar en el campo, y una vez que vino una tía mía,

que vivía en Barcelona, le dije que me quería ir con ella. Me vine con ellos a Barcelona y había unos vecinos suyos que les hice gracia y me dijeron que me quedara a trabajar en su casa. Mis padres no querían porque tenía yo trece años, pero al fin los pude convencer y me quedé.

Cuando yo me vine aquí todavía no salía mucha gente del pueblo. Después ya sí que empezaron a salir. Por ejemplo, mi sobrino tiene cuatro hermanos, y de ellos sólo están dos en el pueblo, los demás están fuera trabajando. Dos se han ido a Zaragoza y el otro está aquí desde hace ya siete años. Los otros dos se han quedado allí en Morata porque ellos tienen mucha tierra.

Al poco tiempo de estar en Barcelona mi padre no quería que estuviera aquí sola y me llamó. Yo no quería volver, pero si no iba ya no me dejaría que fuera más allí. Entonces volví al pueblo y estuve haciendo el mismo trabajo que había hecho antes durante dos años. Los señores con los que había estado trabajando me escribían para que volviera, pero mis padres no me dejaban. Al final mandaron los señores a mi tía a buscarme y nos pagaron a las dos el viaje, que entoces valía treinta pesetas. Tenía entonces quince años. A los tres años se vino mi hermana y ahora estamos aquí tres, dos hermanas y un hermano, otro está en Zaragoza y otra hermana en el pueblo.

Eloísa: Aunque yo me lo pasaba estupendamente en el pueblo, mi hermana, que estaba sirviendo aquí, venía al pueblo con dinero y yo me decía: «Ella tiene dinero, y yo aquí, mirando... ¡voy a probar, a ganar dinero y ver Barcelona!» Porque a mí también me hacía ilusión dejar el pueblo y venir a ver la capital... Así que fue por mediación de mi hermana el venirme.

Felipe: Los de casa se oponían a que yo me marchara, pero un tío mío animó a mi padre:

— Si se va, no te preocupes, que se viene conmigo a Barcelona. Porque él estaba ya aquí.

Y así me vine, aunque no tenía todavía ni 18 años cumplidos. Mi hermano mayor, al poco tiempo se fue a Francia, y el otro hermano que me sigue, en una ocasión en que yo fui al pueblo, cuando tenía todavía 17 años, se vino para acá también. Y otros vecinos del pueblo lo mismo. Así que Valtubia, poco a poco lo hemos ido dejando todos, y así todos los demás pueblos de León.

Damián: En Bujalance no había ningún tipo de diversión, ni ningún tipo de posibilidad y lo único que se podía hacer era ir al campo. Yo recuerdo que quizá, después de marcharme de aquí, los dos años que estuve en el pueblo fueron los que me hicieron reflexionar y volverme a Barcelona. Mi madre, como no podía otra cosa, me tuvo que poner en el campo a trabajar en una casa que estaba a ocho kilómetros del pueblo, o sea que no podía ir a casa cada día. Yo recuerdo que estaba guardando ganado y que iba al pueblo cada 15 o 20 días, a cambiarme de ropa, a traerle a mi madre el dinero que había ganado, y otra vez a las mismas. Eso a una persona joven, realmente no le puede gustar, sin otra aspiración que las 24 horas del día en una casa solitaria, a ocho kilómetros del pueblo, que cuando ibas a alguna fiesta era a la feria, que se iba un día o dos al año. Entonces, como yo tenía la posibilidad de venir-

me aquí, porque mi tía no tenía hijos y siempre le había gustado que yo me viniera aquí con ella, pues decidí venirme otra vez. Me puse un poco más bueno y viví con ellos.

María: Yo estuve en Cazalla de la Sierra, mi pueblo, hasta los 18 años. Nací en el 1936 y por lo tanto era en 1954 cuando fui a Dos Hermanas como postulante de la Orden de Santa Ana. Allí cuidaba niños tuberculosos, nos pagaban los del Auxilio Social. Fui allí con 6 chicas más, y conocimos esta Orden porque estas monjas venían a pedir por los pueblos de Sevilla. Nos hacían firmar unos papelitos conforme trabajábamos y así entonces la Orden podía cobrar. De este trabajo la Orden se cobraba la «dote» y si salías de la Orden te lo daban y si no quedaba para ellas.

Después estuve trabajando para el cura párroco de mi pueblo, ganando seis duros al mes. Durante los veranos iba a Regina Mundi Cotoengo.

Estuve trabajando también en la Escuela Profesional del Pueblo, sin cobrar casi nada, pues ayudaba a mi hermana que ella sí tenía allí trabajo fijo.

Luego fui a San Sebastián para ayudar a unos tíos míos. Allí conocí a las monjas Marianistas. Entré en su Orden de postulante en Pamplona. Al llegar el momento de profesar, no pude hacerlo, pues no podía pagar la dote que ascendía a veinte mil pesetas y me marché de allí.

Fui otra vez al pueblo y estuve ayudando en la Escuela Parroquial y suplía también a una maestra en «El Pintao» (colonias agrícolas). Era de mayo a septiembre.

Durante ocho meses estuve cuidando a un sacerdote enfermo, era catalán. Más de una vez me había acostado sin cenar, pues quedaron los de mi casa, y otra mujer, que me traerían la comida, y a veces se olvidaban.

Con ocasión de que mi hermana estaba para dar a luz, me vine a Barcelona y allí nos conocimos en la clínica con Alejandro. ¡Yo que sé las veces que él había estado ya en la clínica! Ochenta accidentes habrá tenido ya... Ya digo yo que este hombre es una desgracia, una desgracia... Yo que podía haber hecho tanta fortuna con otro... Si yo en mi pueblo estaba muy bien. Nada de escuela, ni cultura, pero pan, pan no nos faltaba. ¡Pero si este hombre no tiene un hueso entero! ¡El mismo crucifijo parece! Porque las desgracias vienen siempre a los mismos: a los pobres.

Alejandro: Si yo me vine a Barcelona fue por eso de los accidentes, que al pobre no le vale ni seguro ni nada... El primero de todos, al volver de la mili, que estaba trabajando en unas minas de carbón del pueblo, hundido allá dentro de la mina, y un día ¡cataplán! se hunde la mina y me pillan sesenta toneladas encima. No me aplastó de milagro. Quedé enganchadito en un agujero que se formó del carbón. Me quedó la clavícula rota. Pues menos mal que sólo fue eso, porque podía haberme matado.

Pero ya a los dos meses de aquello, o por lo mal alimentado que estaba o por los nervios, me empezaron unos ardores de estómago que ya no me han dejado más. Ni comía, y si lo hacía, lo devolvía todo. Total: al médico. Y me operaron. Me tiré un mes en la clínica pero no quedé bien. El año pasado tuvieron que volver a hacerlo aquí en Bellvitge, que fue cuando estuve más de un mes de baja. Desde entonces, parece que esto del estómago ya se me ha puesto bien.

Pero entre lo del accidente y la operación, me quedé sin trabajo en el pueblo y no podía ya soportar aquella vida. Así que me vine yo solito aquí a Barcelona con 24 años.

Izquierdo: De nuestro pueblo nos vinimos, porque se venían todas las chavalas para acá, y además se quedaba sin diversiones aquello. Yo daba la coincidencia de que estaba bien colocado allí en la fábrica de harina. Bien, yo protestaba de aquella vida y mi padre ya se cabreó: «Mira, me dice, yo te doy esto y esto otro». Pero yo le digo:

— No quiero nada. Mira, donde se han marchado los demás, me marchó yo; y si no hay para los demás algo, no habrá para mí.

Claro, si me llego a quedar allí, con la labor que tenía, para uno sólo podía vivir. Pero éramos seis. Entonces yo pensé: «Si yo me quedo aquí, el día de mañana, cuando nos repartamos la tierra, me quedo a dos velas y luego, entre pagarles a unos y a otros, me quedo en la puta calle». Entonces me propuse: «Ya que se han marchado los demás, si nos va mal, mal... mala suerte; pero yo me marchó para allá y a donde se han marchado ellos, me marchó yo». Y me vine para acá, aunque llevaba siete meses en esa fábrica de harinas y estaba ya fijo. Pero eso tampoco lo quería yo. Quería venirme.

Cayetano: Yo, antes de venir aquí, me fui a Alemania solo, con la intención de ahorrar para un Land Rover. El Land Rover costaba doscientas mil y el Ebro trescientas mil. Me decidí por el Land Rover, calculando que cada año podría ahorrar unas cien mil, y por lo tanto serían dos años. Esa fue, pues, mi idea de irme a Alemania. Mientras tanto, Angeles se quedó en el molino, pasándolas canutas.

Angeles: Sí, que cuando se marchó, mi pequeña no había cumplido los cinco meses, y yo sola me tenía que organizar: me iba al molino por la mañana, dejando a esta criatura a una vecina durante todo el día. Al levantarme, la arreglaba a ella, arreglaba a los otros que se iban al Colegio, y la llevaba a ella a una señora que la tenía mientras yo me iba al molino, andando los cuatro kilómetros que había. Por la noche, otra vez lo mismo: a recogerla a ella, a esperar a los otros y a preparar la cena: ¡madre mía, que martirio!

Además, al poco tiempo de estar fuera Cayetano, el mayor dejó ya el Colegio de Salesianos. Había estado primero en el seminario, y luego en los salesianos. Pero cuando volvió, aquello fue un desastre, porque con quince años que tenía, empezó a andar por ahí con novia de un lado para otro, y yo estaba sola sin saber qué hacer. Luego empezó a ir a la escuela sindical de Ponferrada, una especie de escuela de Artes y Oficios, pero mal organizada.

Cayetano: Estuve dos años en Alemania, en un pueblo cerca de Düsseldorf, a veinte kilómetros. De los alemanes sólo tengo buenos recuerdos, y se me van apareciendo mejores a medida que pasa el tiempo que me marché de allí, porque cumplieron con creces lo que me prometieron: colocación retribuida, seriedad en los compromisos, y más formalidad que aquí en España, excepto en Catalunya. Creo que para lo que iba, me fue bien en todos los aspectos.

Pero ¡la separación, la separación!: la ausencia de la familia, costumbres diferentes, una mentalidad extraña y para mí desconocida, el problema del idioma, no saber lo que le pasaba en aquel momento a Angeles... Veía que otros

estaban satisfechos, que vivían felices, en casa nunca habían tenido dinero y allí lo tenían. Había muchos que se lo gastaban allí y le mandaban una miseria a la mujer o la engañaban. Para mí aquello fue muy duro: la soledad, la separación, el idioma. No tenían la culpa los alemanes, porque todo esto lo hubiera pasado en otro país cualquiera, era, simplemente, el hecho de emigrar y hacerlo por necesidad o por gusto de mejorar ¡vete a saber! y aunque yo me había hecho el proyecto de irme a la Argentina, para mí Alemania era ir a otro planeta.

Me sentí emigrante y solo, en la estación de León, en la que teníamos que hacer transbordo, cuando se aproximaba nuestro tren y dijeron por los altavoces: «Tren procedente de Madrid con destino a Alemania». Madre, que aquello me caló hondo y me encontré llorando: ¿Qué iba a hacer yo sólo en un país desconocido? ¿Qué íbamos a hacer todos los del tren, tren especial para emigrantes, todos aquellos hombres separados de las familias para vete a saber cuánto tiempo?

Venía ya impresionado, porque en la estación de Venta de Baños, en la que tuvimos que hacer otro transbordo con el tren que venía de La Coruña, un fraile que estaba allí nos arengó: «¡Desgraciados! ¿Por qué os vais allí?. Los españoles en Alemania son como aquí los gitanos: los peores trabajos, las peores viviendas, todos amontonados» ¡Que frío hacía aquella noche!. Era en noviembre. Aquel hombre no hizo más que desanimarnos bárbaramente. Aquellos momentos fueron los peores.

Aquellas Navidades también me costaron lágrimas: cuando veía a los autocares de emigrantes que se venían contentos para acá y yo me quedaba. Bueno, yo creo que a esto no se acostumbra uno nunca.

El emigrante en el extranjero es un hombre perdido, perdido en el desierto, una máquina de trabajar, un solitario que no encuentra afecto, que tiene dificultad para desenvolverse.

Un compañero mío, por no saber el idioma, cogió el tren, y en lugar de venirse para acá, se encontró en Milán. Y a mí mismo estuvo a punto de ocurrirme algo de eso: en la estación del Norte de París se me rompió la maleta ¡y formé un laberinto!... El que viene de Colonia a París va lleno de emigrantes, pero para el tiempo justo para pasar a la estación de Austerlitz. Al parar el tren todos cogen, y ¡ras!, corriendo. Y yo con el jaleo de la maleta me quedé fuera, no vi más que trenes que van para todas partes ¡me cago en la leche!, ¡ni un español!. Allí aquello te desconcierta. Por señas, unos que por aquí, otros que por allá. Este fue mi último viaje, el viaje de vuelta a España. Volvía al pueblo.

Angeles: Yo había tirado malamente y como podía: una huertecita que la iba trabajando a ratos y de ella comíamos, el molino... pero el molino cada vez menos, no porque fuera mal o por la distancia del molino al pueblo, sino porque durante el tiempo que él estuvo en Alemania, fueron poniendo molinos y más molinos de aquellos, porque creían que nosotros nos forrábamos, que nos habíamos vuelto millonarios. Cuando él volvió, ya no había nada que hacer por lo explotado que estaba todo.

Cayetano: Me había ido para ahorrar para la camioneta del molino, y me encontraba que aquello ya no podía ser, que tampoco aquello tenía ya salida. De nuevo los caminos cerrados: allí ya no había alternativa, en la mina ya no me colocaban de nuevo, y los hijos, que ya empezaban a ser mayores, no tenían allí ni posibilidades de trabajo ni de estudio. No teníamos nada que ras-

car. Si no me espabilaba, en dos días iba a limpiarme los ahorros de Alemania... ¿Qué voy a hacer?... ¿Tendré que marcharme de aquí para siempre?... ¿Hacia dónde?... ¿Será una nueva aventura?... ¿No acabaríamos nunca de tirar hacia delante?... ¡Me marchó!, pero... ¿Bilbao? ¿Madrid? ¿Barcelona?...

En Alemania había oído hablar muy bien de Catalunya. Allí, por una parte, había muy pocos catalanes, o ninguno, y esto me significaba buena señal: no habían tenido que marcharse de su tierra. Allí me decían que Catalunya es el país que más se parece a Europa, por la industria que hay y la seriedad en los empleos. ¡Che, pa Barcelona!, y estoy ahora contento de haberlo decidido. Sólo un mes estuve en el pueblo.

Le escribí a un sobrino llamado Rafael, si habría trabajo para mí en Barcelona: «Trabajo sí lo hay, aquí mismo donde estoy yo trabajando te lo darían, aun ganando poco: 5.000 al mes. Lo malo es la vivienda».

Pues con 5.000 al mes me vine, 1.200 a la semana, en el año 66. De nuevo solo abriéndome camino. Trabajaba de peón de la construcción en una empresa en San Andrés, y trece meses estuve así. Llegué a pensar en volverme a Alemania. Allí por lo menos ganaba más dinero, trabajaba en un oficio más de mi gusto, ya me había acostumbrado...

Angeles: Y otra vez yo sola allí y a lo mismo, como si no hubiera vuelto de Alemania, con él fuera y yo batallando con los hijos, la huerta y el molino. Fue una época muy dura.

Beatriz: Tuvimos que salir de Granadilla por la fuerza, por las aguas del pantano que construyeron allí. Todo el pueblo tuvo que abandonar y las aguas inundaron las fincas que había. Como nosotros habíamos pagado siempre las contribuciones de nuestras tierras, el Estado nos las tuvo que indemnizar, pero las pagaron muy mal y cuando quisieron. Las tasaron muy bajas. Nosotros teníamos unos cuantos olivos en la huerta y cuando iban a comprar por allí las aceitunas (de algunos olivos cogíamos más de veinte kilos), las pagaban entonces a 6 pesetas el kilo de verdeo, llegando a sacar de algunos olivos hasta 500 pesetas; pero desde entonces nos tasaron para siempre a 400 pesetas cada olivo, es decir, menos de lo que obteníamos en un año algunas veces.

Por todo aquello, en el pueblo no estábamos conforme nadie y los ricos ape-laron y buscaron abogados. A nosotros el abogado del estado nos dijo que lo que consiguieran los ricos con abogados particulares también lo tendríamos nosotros con él, pero no fue así. A los ricos les pagaron mucho más caras sus haciendas y nosotros, la gente baja del pueblo, pedimos explicaciones y reclamamos pero no nos hicieron caso. Por no meternos en líos, por no saber manejar papeles, nos pagaron mucho menos.

Cuando nos fuimos, como en el pueblo éramos muy pocos, salieron todos a despedirnos a la carretera, llorando por la pena de que nos marcháramos porque siempre habíamos vivido allí y nos queríamos mucho los pocos vecinos que éramos, aunque sabían que poco a poco irían marchándose otros por lo del pantano.

Me acuerdo que fue el día de San José, hará ya 27 años. Nosotras nunca habíamos salido de viaje a ningún sitio, y estábamos un poco asustadas porque no sabíamos lo que nos íbamos a encontrar aquí, y nos imaginábamos que era un sitio que estaba muy lejos, y sabíamos además, que nunca más podríamos volver al pueblo porque lo iban a inundar. Por eso, mi hermana y yo no hacíamos más que llorar y decirle a mi madre que no nos queríamos marchar, que

la pobre ya no sabía ni qué decirnos ni qué hacer con nosotras, y acabó también llorando.

Así nos pasamos todo el viaje en tren, con mucha tristeza y acordándonos de la familia y del pueblo. Fue como una pesadilla. Además, lo hicimos —un día y medio— de pie, en el tren, y casi sin poder movernos, porque iba atestado de gente y todo eran pisotones y empujones.

Cuando llegamos a Barcelona, me llevé una gran impresión: recuerdo que todo lo veía muy grande y lleno de ruidos y de gente y de mucho ajeteo... Aquello era muy diferente de nuestra casa en el campo, donde todo era tranquilidad.

Cogimos las maletas y nos fuimos las tres para Terrassa en otro tren. Por fin, llegamos a la casa de la parienta de mi madre. La casa estaba a medio hacer —como casi todas las de aquel barrio— y sólo tenía dos habitaciones muy pequeñas.

Rafael: Me vine aquí a Catalunya el año 44, desesperado de Canjáyar. Por nada, no me vine por nada, por buscar algo, porque quería un porvenir. Tenía entonces yo 21 años y me vine solo. Entonces eso no se estilaba porque era como un ir a la deriva. Pero aquí no había trabajo. Todas las mañanas, antes de las siete, nos íbamos unos cuantos a la Estación de Francia o al Puerto. Allí los encargados de las agencias llegaban al grupo de parados que nos juntábamos cada día y decían «necesito dos», «necesito tres». Los señalaban y se los llevaban. Lo que más hacíamos era descargar vagones de tren en el propio puerto o en la estación del Norte. Luego los llevaban a las carbonerías o a alguna fábrica. Yo, como era joven, enganchaba todos los días, hasta que hubo escasez de trabajo.

Dí con Beatriz y ya fue otra cosa. Mira por dónde nos conocimos en el tren, de viaje Barcelona-Terrassa. Yo iba a ver a mi primo para ayudarle a hacer la vivienda. Mi primo me ayudó a encontrar trabajo en una *bóbila* de Sant Cugat y me pusieron para sacar las piezas del horno. Aquello era horrible, lo más pesado que he visto.

Nos casamos, pero como yo veía que aquello no era vida y que no le podría dar nunca a Beatriz lo que yo quería, pensé en irme al extranjero por una temporada. Vino una demanda de gente para Bruselas porque para cada provincia pedían veinte tíos y se repartían pidiendo aquí cuatro, allí seis, hasta que cumplían el cupo de los veinte que tenían que salir.

¡Una colocación en Bruselas!. Un conocido que era herrero, me dice: «Rafael, ¿por qué no nos vamos a Bruselas y de aquí a un año y medio nos venimos, y si nos podemos traer 80, 90 o 100 mil pesetillas, entonces nos montaremos por nuestra cuenta y vivimos a nuestra voluntad?». Lo hablé con Beatriz, y aunque recién casada, se conformó y así que nos presentamos y nos fuimos. Era el año 1952.

Al meternos en Bruselas la vida estaba exactamente como está hoy en España. Había un montón de partidos. Entonces, cuando llegamos a la estación, apareció un cura español y yo me acerqué a él. Y no le cogió a nadie más que a mí y me fui con él.

Nos estaban esperando unos autocares estupendos, pues va y el hombre aquí, como sabía donde íbamos, me montó en un 600 y me llevó a la parroquia a dormir y durante el tiempo que estuve allí me dio dinero. Y me decía:

— Este no es sitio para que tú vengas.

Yo le conté mi historia y él de nuevo:

— Este no es lugar para tí. Tu te vuelves a España. España no quiere decir meterte de nuevo en el pueblo, pero te puedes ir a Barcelona, a Madrid o a Bilbao o cosa así. Aquello es igual que esto. Aquí lo que te lleves te lo vas a quitar de la salud. Aquí a trabajar como negros y esta gente va a aprovecharse al máximo de tí y otra cosa no puedes esperar.

El primer día que iba a trabajar en la mina, ya tenía el gorro puesto y todo, cuando me hicieron un reconocimiento. Yo me había quejado de que me dolía mucho la espalda, como me había dicho el cura. Me volvieron atrás. Entonces me entraron a una oficina. Me dieron seis mil pesetas, una bolsa de comida y un billete desde Bruselas hasta Cádiz, que es el punto más bajo que hay en España. Se portaron conmigo a las mil maravillas. Yo creo que por alguna influencia del cura y no por mi bonita cara. Y ya me vine hasta Barcelona y no fui al pueblo.

Manolo: Me marché a trabajar a la capital. Primero estuve en Valencia durante 18 meses trabajando en la construcción y en una empresa de conservas de melocotón, de tomate y cosas de ésas.

Pero no me ganaba bien la vida. Entonces estaba soltero y por eso pensé en marcharme al extranjero. Estuve arreglándome el pasaporte, pero al final no lo pude conseguir. De primeras tuve la intención de irme a Suiza. O me hubiera ido con la CNS por el sindicato de emigración a Holanda; pero estuve esperando mucho tiempo, y como me cansé de estar tanto tiempo en Valencia esperando, me marché otra vez para el pueblo y cuando fui a regresar otra vez a Valencia para ver qué pasaba con aquello, ya se había ido la expedición.

Luego con la ilusión de quedarme cerca de mi tierra, como yo soy de Castilla, me fui a Madrid, que está a 150 km., y estuve allí una temporada, un año, y nada, no encontraba trabajo. Estaba en la construcción de mala manera, a los cuatro días te echaban del trabajo.

Y al llegar aquí a Barcelona, que ya llevo trece años, también estuve un año en la construcción; luego ya me pasé a Seat y ya aquí me he asentado.

Gracia: Estuvimos nueve años en Bilbao, pero antes yo ya había estado en una fábrica de Alemania. Me gustaba Alemania; más que España. Lo que pasa es que cayó mi madre enferma y me vine y ya no volví.

Allí tratan mejor a la gente, a las mujeres sobre todo. Después cuando volví, estuve dos años sirviendo en Bilbao, y te trataban como a un trapo, como a una muchacha de la casa sin nada de respeto. Cuando estaba allí: «Señorita para aquí, señorita para allá...» ¡Y con un desprecio!. Te ponían unos delantales blancos y unos vestidos tan raros, que eras como si nada. Bueno, era un escándalo. Te hacían trabajar desde las 7 de la mañana hasta las 12 de la noche sin parar. Aquello no se acababa nunca, y te pagaban cuatro perras. La gente en España no sabe tratar, en Alemania sí.

Robusto: No te creas; lo único es que en Alemania te respetan un poco más los derechos. Pero explotarte, te explotan igual en Alemania que aquí, incluso más en Alemania que aquí, porque estás más controlado todavía. Por mi parte, yo estuve trabajando en Bilbao trece años. O sea que la aclimatación de la vida del campo a la ciudad ya hace mucho tiempo que la pasé.

Al comienzo lo pasé muy mal, porque yo ganaba 270 pesetas y pagaba 250 de patrona a la semana. Me quedaban 20 o 30 pelas, a lo máximo, y tenía que buscar alguna hora por allí, pero tampoco las había. Así que pasé calamidades.

Sr. Miró: La fábrica donde yo trabajaba que se llamaba «Sobrinos de Juan Batlló», era una fábrica de tejidos, que había mucho personal, unos tres mil obreros. Pero allí por el 62 ya se rumoreaba que iba a la bancarrota, no por falta de trabajo, sino por falta de organización.

Entonces, pues ya mi mujer se había ido antes a Francia, donde estaba su padre desde la guerra, yo no podía salir de aquí. Me pedían un certificado, una carta del dueño de la empresa, declarando que yo no iba a trabajar a Francia. Pero mi idea era trabajar y nadie me hacía los papeles, pero busqué una persona que no me los falsificara pero que me ayudara y me hicieron un pasaporte un poco así... Y pude ir a Francia y me instalé enseguida de pintor y me fue fabuloso.

Mas: Muchos de los que se han ido yo creo que han obrado mal, porque cuando venían de vacaciones sólo contaban el oro y el moro de lo bien que les iba por la capital o por el extranjero, pero no contaban las dificultades que pasaban ni que tenían que hacer los trabajos más duros, de peón, o de la mala vivienda, o que vivían sin entender nada o entre turcos e italianos. Sólo un primo de mi cuñado nos enseñó la buhardilla en la que estuvo viviendo con su mujer y su hija durante dos años; con frío, cocinando con un infiernillo y que no volvió por el puntillo y el orgullo. O el hermano de Paquí que se vino aquí dejando a la mujer embarazada y con cuatro hijos en el pueblo y estuvo aquí más de un año parado.

Dicen que algunos nos consideran traidores o algo parecido. Dicen que si todos nos hubiéramos quedado en nuestras tierras, tal vez hubiéramos hecho más presión. Pero si nosotros somos los traidores, quiere decir ¿eh? que seríamos más los traidores que los fieles a la causa.

Nos fuimos, porque nos tuvimos que ir. Que en nuestra tierra muchos se morían de hambre. Que tenías a veces que robar para sobrevivir. Que el terrateniente no daba trabajo. Por eso nos fuimos.